

EUTRAPELIA, ISOTOPÍA MÉDICA Y CURA BURLESCA EN *LIBRO DE ENTRETENIMIENTO DE LA PÍCARA JUSTINA* DE FRANCISCO LÓPEZ DE ÚBEDA (1605)

Luc Torres
Université de Rennes 2, Francia

Introducción

Las estrechas relaciones entre medicina y sabiduría (Covarrubias 1989: 192b, s.v. *barba*; Alciato 1993: 190-191), literatura y medicina (Martínez Gómez 2006) y entre medicina y literatura española del Siglo de Oro (Bataillon 1967; Cortejoso 1969; Chevalier 1984) han sido y siguen siendo fuentes de numerosos estudios.

Más precisamente sobre las conexiones entre picaresca y medicina tenemos varios estudios (Granjel 1950 y 1951; Parejo Moreno 1953; Jorge Campos 1961a, 1961b, 1961c), y uno más reciente (Schmitz 2016).

El género picaresco luce, por lo menos, a cuatro autores médicos, o que estudiaron medicina, como fueron Mateo Alemán, el autor de *Guzmán de Alfarache* (Sevilla y Lisboa, 1599-1604), bachiller en medicina por la Universidad de Alcalá de Henares, cuyo padre era médico; Francisco López [de Úbeda] autor de *Libro de entretenimiento de la pícaro Justina* (Medina del Campo, 1605), “médico chocarrero” según Marcel Bataillon, José Miguel Oltra, Antonio Rey Hazas y el que escribe (Torres 2009 a y b y 2015); Carlos García, autor de *La Desordenada codicia de los bienes ajenos* (París, 1619); Jerónimo de Alcalá, autor de *Alonso, mozo de muchos amos* (Madrid, 1624, Valladolid, 1626).

El añorado José Miguel Oltra le dedicó al tema médico unas valiosas páginas (Oltra Tomás 1985: 29-36) que me sirvieron de brújula y norte para este estudio.

Tres son los leitmotivos médicos que voy a desarrollar, dando pábulo a los apuntes del hispanista oscense. En primer lugar, el tema de la eutrapelia, y su rendimiento literario en *La pícaro Justina*, concepto aristotélico positivo del *eutrapelos* ‘hombre que gira bien’ o *bene vertentes*. En segundo lugar, apuntaré las numerosas alusiones a enfermedades cuyas curas y recetas formaban el vademécum de todo médico de la época, sin olvidar las abundantes referencias a instrumentos de medicina, remedios y plantas medicinales. Finalmente, me detendré en los dos capítulos o *Números* (López de Úbeda 2011: 637-667), donde el autor, siguiendo la autoridad del médico latino Aurelio Cornelio Celso, parece aplicar *ex professo* la receta del mal de madre o histeria a la mesonera Sancha Gómez.

Eutrapelia

Aristóteles enseñaba el justo medio en el jugar. A los que practicaban la moderación en el juego los llamaba *eutrapeloi* (*bene vertentes*), porque podían volver atinadamente en risa lo dicho o lo hecho (Wardropper 1982: 153-169).

Este término de eutrapelia se refiere en un principio a la mecánica, luego se aplicó a las normas de comportamiento, y más tarde, a la discusión honesta entre gente de buen vivir: “Un entretenimiento de burlas graciosas y sin perjuizio, como son los juegos de mastrecoral” (Covarrubias 1989: 574b, s.v. *eutropelia*).

Se trata pues, de un tipo de comportamiento, de una disposición anímica, un “estado medio” cuasi perfecto como glosa Aristóteles en su *Ética a Nicómaco*, en el capítulo dedicado a la amabilidad (IV, 9) (Aristote 2008: 152-155).

Bien se sabe que los divulgadores de la fe cristiana rechazaban la eutrapelia, o sea, el papel de la risa en la salvación, según el tópico de que Jesucristo nunca se rió (*Lucas: VI, 25 y Pablo, Epístola a los Efesios: V, 43-44*), así como los Padres de la Iglesia: San Ambrosio, San Agustín, San Juan Crisóstomo (Wardropper 1982: 155).

Santo Tomás va a revitalizar el concepto en la Edad Media.

Comentando el capítulo antedicho de la *Ética a Nicómaco* el Doctor angélico dice que, para Aristóteles, el *eutrapolos* (hombre que gira bien) como tipo social se sitúa entre el *bomolochos* (bufón) y el *agraikos* (patán) (Tomás de Aquino 2000: 256-258).

Luego, la estrecha relación entre eutrapelia y medicina es apuntada por Juan Pérez de Moya en el título de una de sus obras eruditas que versa sobre remedios médicos: *Sylva, eutrapelias id est, Comitatis et urbanitatis ex variis probatae fidei Authoribus & vitae experimentis* (Valladolid, 1557).

Este concepto tuvo su mayor ilustración a finales del siglo XVI en *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre* (Madrid, 1587) (Sabuco de Nantes y Barrera 1981 y Sabuco de Nantes 2006), tratado médico desenfadado de doña Oliva Sabuco de Nantes, pero que fue redactado, según los estudiosos de la obra, por su padre: el médico humanista de Alcaraz, Miguel Sabuco Álvarez.

El concepto sigue vigente a principios del siglo XVII, en autores como Francisco Luque Fajardo y Juan Ruiz de Alarcón, ilustrando toda una literatura de entretenimiento de la que Cervantes es un destacado puntal, como rezan las *Aprobaciones de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (1605), y su continuación, *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* (1615), así como la de *Las Novelas ejemplares* (1613) o la del *Persiles* (1617).

Pasando al *Libro de entretenimiento de la pícaro Justina*, que cuando se corrigió llevaba significativamente el título de *Cuento entretenido* (Torres 2015: 35-36), podemos comprobar cómo doña Oliva de Sabuco de Nantes y la eutrapelia aparecen con nombres propios en un fragmento donde el autor parece hablar, como por cerbatana, a través de las palabras de la protagonista.

Se trata del momento en que Justina visita el convento de San Marcos de León, según Puyol, o el de San Francisco, según Marcel Bataillon y otros eruditos (López de Úbeda 2011: 617, nota 1082).

Justina no puede entrar en la iglesia, pero una de sus compañeras le cuenta que ha visto en su interior un precioso tronco de bronce torneado de Flandes, aderezado con tres órdenes de cincuenta y cinco candelabros, con figuras humanas poblando los intervalos de sus brazos, y uno de ellos coronando este “vistoso artificio”: para la descarada Justina son títeres y matachines, gobernados por un gran salvaje (López de Úbeda 2011: 618-619).

Le dice también la compañera a la pícaro de Mansilla que la iglesia alberga en su seno cabezas de vírgenes, unas enterradas y otras no, y Justina las equipara a aquellas cabezas de lobo que se solían obsequiar en los pueblos cuando se lograba cazar y matar a uno de estos animales dañinos para los rebaños (Covarrubias 1989: 250a, s.v. *cabeça*).

A un cura aficionado a los frailes del convento, no le gusta su libertad de tono y de palabras. Se enoja con Justina (López de Úbeda 2011: 620).

Las reflexiones de Justina intentan justificar sus gracias, sacrílegas según el cura: es el momento cuando aduce el concepto aristotélico de la eutrapelia para defenderse:

No hay hombre discreto que no guste de un rato de entretenimiento y burla. En su manera, todas cuantas cosas hay en el mundo son retozonas y tienen sus ratos de entretenimiento [...] Lo demás que falta, dígalo doña Oliva, que libra en el gusto salud, refrigerio y vida; ¡esta sí que era discreta! Pero ya se sabe para quién no es la miel, ya se sabe qué ojos disgustan del sol. Aclárome: también y todo, ahora que no me oye el clérigo” es necedad pensar que (a) una mujer dice una gracia, luego es hereja. Sí, que cristianos somos, y aunque no sabemos artes ni toldogías, pero un buen discurso y una eutrapelia bien se nos alcanza, sino que estos hombres del tiempo viejo, si dan en ignorantes, piensan que no hay medio entre herejía y Ave María (López de Úbeda 2011: 624-625).

La protagonista se refiere otras dos veces a doña Oliva, la autora formal de *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre* (1587).

Parece conocer muy bien el libro que llama del duelo: “Si supiera el capítulo que, en el libro del duelo, que compuso *Doña Oliva*, y trata la venganza que pueden tomar los hombres de las mujeres que les ofenden” cuyo tema se corresponde al *Capítulo Vigésimo primero. Afecto de la venganza. Avisas que el apetito de la venganza se ha de saber dejar por tiempo oportuno* (López de Úbeda 2011: 700-701 y Sabuco de Nantes 2006: 120-121).

Más adelante, en el poema titulado *Sextillas unísonas de nombres y verbos cortados*, asevera: “Soy la rein- de Picardí-/Más que la rud- conoci-/Más famo- que doña Oli-” (López de Úbeda 2011: 711).

En estos fragmentos, el autor parece invitarnos a interpretar el libro, según su título primitivo, o sea un *Cuento entretenido*, una obra de burlas y de veras, de honesto entretenimiento, que es lo que deduciría el lector leyendo la Dedicatoria a don Rodrigo Calderón (López de Úbeda 2011: 105-106) y el *Prólogo al lector* donde se glosa el tópico horaciano del “deleitar aprovechando” (López de Úbeda 2011: 107-115).

Enfermedades, instrumentos, remedios, plantas, bestiaro menor

Pero, el libro luce también numerosas alusiones a toda una isotopía médica como son enfermedades, instrumentos de medicina, remedios y plantas medicinales que tienen su reflejo, en particular, en el llamado *Dioscórides* traducido y comentado por Andrés Laguna a mediados del siglo XVI (Dioscórides 1555).

En el capítulo de enfermedades, vemos citado dos veces el mal de bazo del que no adolece el gordinflón y sedentario abuelo suplicacionero de Justina, y sí la propia narradora, muy amiga de correr y bailar como todas las pícaras (López de Úbeda 2011: 218, y 549-550).

Dioscórides recetaba lengua de ciervo para las opilaciones de bazo, así como ruda de muros y verbena tomada en tisana (Font Quer 1973: 62-63).

Luego, la narradora se refiere a la ciática (López de Úbeda, 2011: 216), enfermedad de la que sufre la madre de Justina, porque por paronomasia es de Cea en León y porque renquea, mal contra el cual, así como para el dolor de muelas, Dioscórides diagnosticaba emplasto de hojas secas de lepidio, planta de efecto parecido a la mostaza, y remojar los pies en un baño de orujo (Font Quer 1973: 270, 468).

También menciona la tisis con una tatarabuela de Justina que era volteadora o sea, acróbata y ladrona, amiga de saltar casas y robar hasta el final de su vida.

Juega con la paronomasia voltear/volar: “con morir de más de cincuenta años, después de un año tísica, murió volando” (López de Úbeda 2011: 220).

Señala asimismo, la apoplejía de la que muere la madre de Justina mesonera, la cual ingiere una longaniza letal atorada en su gaznate que nadie ha podido extraer, ni siquiera con un asador de cocina.

Afirma Justina:

en fin, quedó tan lisiada, que de harta y atormentada, de asada y asadorada, la dio dentro de cuatro horas una apoplejía que la asó el ánima y la sacó de este mundo malo, sin llevar más subsidio que la longaniza en la boca (López de Úbeda, 2011: 283).

La apoplejía se curaba con lengua de ciervo, olivilla y hierba de perlesía, según Dioscórides (Font Quer 1973: 62, 425, 676).

Contra la mordedura de escorpión, nos da Justina un remedio casero: se cura sentándose a lomos de una mula (López de Úbeda, 2011: 554), lo que recuerda otra cura milagrosa, solo que el ratón se sustituye al burro como animal curador: “tanto, que se cura la mordedura del alacrán con ratón puesto encima della” (Mexía 1990: 36).

La fuente está en Dioscórides que nos habla de este último remedio: “los ratones abiertos por los lomos, y aplicados medio vivos a las puncturas tienen admirable eficacia en mitigar el dolor, y revocar el veneno” (Dioscórides 1555: 613).

En el episodio de la cura de Sancha Gómez diagnostica Justina la aplicación de dos ventosas en los carrillos para curar su mal de perlesía (López de Úbeda 2011: 662).

También encontramos muchas referencias a correncias y cursos, con un episodio escatológico, el de la burla del favo de miel que se urde en el segundo mesón de León donde va a parar Justina y del que es víctima el llamado, con ironía, Antón Pintado (López de Úbeda, 2011: 595-603).

Recordemos lo que dice Justina sobre los estreñidos pobladores de León, y que demuestra el conocimiento que tenía el autor de las patologías del cuerpo humano:

No me admiro, que los de León, como con el frío traen reconcentrado al calor, de ordinario enferman de estítico (López de Úbeda, 2011: 565).

No dice otra cosa Dioscórides en su *Tabla final de vocablos oscuros*: “Estiptico, por lo que tiene virtud de apretar” (Dioscórides 1555: s.p.).

El texto recoge muchas alusiones a la sífilis, sobre todo al principio, cuando la narradora llamada “honrada pelona”, en los Preliminares, se dispone a escribir sus confesiones, refiriéndose reiteradamente a su pelona (calvicie) (López de Úbeda 2011: 117, 126, 127, 132, 133, 135, 138), al Hospital de la folga en Toledo (López de Úbeda 2011: 131), o sea, al sitio donde se trataba a los sífilíticos, como aquel Hospital de la Resurrección en Valladolid donde recalaba el protagonista de *El Casamiento engañoso* (Cervantes 1985: 281-295), a los cofrades del grillimón¹ o sea, a la cofradía de los sífilíticos:

¿Y piensa el dómine pelo que de eso me corro yo? ¡Dolor de mí, si supieran los señores cofrades del grillimón, que me corría yo de pagar culpas oscuras con penas claras! (López de Úbeda: 2011: 128)

¹ Se trata de una alusión clara a la sífilis, o mal francés, también citado bajo el vocablo de *greñimón* (Delicado 1985: 192) como lo evidencia el manuscrito del siglo XVI de Juan Angulo, *Capítulos y ordinações para los Cofrades del muy poderoso Balaguer o Grillimón*, publicado por Visor en 1997 (Balaguer Angulo y Fernández Chamorro 1997) o el poema de Sebastián de Horozco: *Privilegios de la Cofradía del Grillimón* recogido en su famoso *Cancionero*.

Es posible que el autor médico del *Libro de entretenimiento* haya leído el tratado *Sobre las contagiosas y malditas bubas* de Francisco López de Villalobos publicado en 1498, al final de su *Sumario de la medicina* (López de Villalobos 1948: 401-436).

De hecho, un autor médico citado Leonción (López de Úbeda 2011: 221) parece remitir a Niccolo Leonicensino, autor de un tratado famoso frecuentemente reeditado sobre la sífilis: *Libelus de epidemia, quam vulgo morbum gallicum vocant* (Venecia, 1497, Milán, 1497, Leipzig, 1497, Pavía, 1506, Lyon, 1529, Basilea, 1534) (López de Villalobos 1948: 442).

Remito a los trabajos de Régula Rholand de Langbehn para más prolija y detallada información sobre este aspecto médico del libro (Rohland de Landbergh 2006: 169-186 y 2012: 126-139).

Por otra parte, en el libro encontramos muchas alusiones a utensilios e instrumentos de trabajo de médicos o barberos como jeringas, píldoras, ventosas (López de Úbeda 2011: 183, 477, 662).

Tampoco escasean los remedios.

Entre ellos, la aloja, brebaje que se consumía en espectáculos veraniegos para luchar contra el calor y que era un febrífugo: como se lo sirve demasiado frío, su bisabuela mata a su bisabuelo mascarero (López de Úbeda 2011: 230). Ya se reía Dioscórides de esta terapia (Dioscórides 1555: 183).

La referencia a dos plantas medicinales llama la atención. En primer lugar, la jirapliega, un purgativo citado tres veces (López de Úbeda 2011: 179, 474, 561). Asimismo, la tacamaca, planta americana que no podía conocer Dioscórides. Era una especie de goma o resina que se utilizaba como parche en cirugía. Dice la pícara de Mansilla hablando del momento en que se disfraza de vieja para mendigar: “pero yo me hice reina de Tacamaca, que donde estaba no parecía y estaba Encobertada” (López de Úbeda 2011: 325). Podemos añadir, a mayor abundamiento, la omnipresencia recién estudiada de un bestiario menor que entraba a formar parte de las sustancias medicinales al uso, compuesto de treinta y cuatro animales invertebrados de los cuales, veintiséis son artrópodos y ocho no artrópodos (Santiago Álvarez: 57). Muchos de ellos, citados varias veces, entraban en la composición de remedios caseros, como, por ejemplo, el preparado con aceite de alacrán.

Cuando Justina se apresta a dejar Mansilla para León afirma: “Yo ya era dama; ya las cosas de montaña y de Mansilla, que todo es uno, me olía a aceite de alacrán” (López de Úbeda 2011: 411): También pudo sacarlo el autor de la *Materia médica* (Dioscórides 1555: 130).

Pero, sobre todo, llama poderosamente la atención una receta del mal de madre o histeria, a base de tocino y claras de huevo que Justina utiliza subrepticamente para curar las fiebres de la mesonera de León: Sancha Gómez.

La cura de Sancha Gómez

El episodio arranca de la laceria y extrema nerviosidad de Sancha que esconde sus bienes a todo correr por miedo a que se los roben los estudiantes, fieles parroquianos de su mesón.

La mesonera siente de repente un gran frío que se le cala en los huesos, y se tiene que acostar: todos en el mesón creen que se va a morir, tras este ataque de fiebre. Justina ayudada por Bertol Araújo, el barbero de Mansilla, idea la receta siguiente:

–Madre, dice el doctor Araújo que a v. m. se le ha de hacer una bizma estomaticona, y ha de llevar los requisitos siguientes: tomarás de lo gordo del tocino que está más metido y entrañado en lo magro de un pernil añejo, sin rancido ni corrupción; derretirlo has, y con ello algo caliente, fregarás las sobretripas, que por otro nombre se llama barriga o espalda delantera, y juntamente las mejillas dentonas y molares del rostro, porque no acuda el mal a perlesía, después desto, la

fregarás el cuerpo con pan rallado; hecho esto, harás una estopada con doce o catorce claras de huevos, no muy frescos, sin que se mezcle yema ninguna, sobre esto, harás una sufusión de miel en buena cantidad, et fiat mixtio; encerótenla y arrópenla (López de Úbeda: 2011: 657-658).

Se precisa comparar esta receta, que parece fantásica y no lo es tanto, con lo que escribió Celso, médico latino, gran autoridad de la época.

De hecho, todos los médicos titulados tenían un Celso en latín o en italiano en sus bibliotecas, hasta el punto de que el Comendador griego Hernán Núñez, personaje principal de *Diálogo del perfecto médico* (1562) de Alfonso de Medina, afirma que todo médico ha de entender a Celso para ser buen médico: “Primeiramente, ha de ser gran latino y griego, y entender o latinísimo Celso” (Miranda 1983: 141)².

Celso, en su *De Medicina*, podría ser la fuente erudita de la receta, por lo que dejó escrito en el Libro IV, capítulo XXVII (cito abajo una traducción francesa *Traité de médecine* del siglo XIX), titulado *De la maladie de la matrice (Hystérie)* o en latín *De vulvae morbo* (Del mal de madre).

Disertando sobre esta enfermedad femenina dice primero, cómo hacer para que la paciente despierte tras perder el conocimiento (perlesía) que es lo que le pasa a la mesonera y es el principal síntoma de su enfermedad. Luego, si la vulva está ulcerada, prescribe el médico dos remedios:

Si la matrice est ulcérée, on mêle ensemble du cérat d’huile rosat, de la graisse de porc récente et des blancs d’œufs, puis on applique ce remède : ou bien on mêle un blanc d’œuf avec de l’huile rosat et l’on ajoute des feuilles de rose pulvérisées, pour que le mélange ait plus de consistance. La partie douloureuse doit être exposée à des fumigations de soufre. Si les menstrues nuisent par leur abondance on y remédie en mettant des ventouses scarifiées aux aines et au-dessous des seins. (Celse 1876: 261-262)³

Encontramos aquí, en esta docta y farragosa receta para la úlcera de vulva, muchos ingredientes de la cura de Justina (grasa de cerdo fresca, claras de huevos, ventosas).

En efecto Araújo, graduado en la escuela de Justina (López de Úbeda: 2011: 656), aplicará dos ventosas a Sancha, como aconseja Celso, pero no en las ingles o debajo de los pechos, sino en las mejillas, para que no acuda a perlesía, que, como diagnosticaba Celso, es el principal síntoma del mal de madre o histeria.

Por otra parte, Dioscórides recomendaba utilizar clara de huevo y miel para las quemaduras e inflamaciones de los ojos, y afirma que la clara es buena para los flujos de sangre (Dioscórides 1555: 148-149).

Esta descripción jocosa es una parodia de curación médica, y Justina receta el emplasto o “sufusión”, para inmovilizar a la mesonera, y poder robar, a sus anchas, su despensa.

Otras obras contemporáneas parecen beber de la misma fuente erudita.

Justina podría haber sido la discípula de Aldonza, protagonista de *La Lozana andaluza*, que dice curar el mal de madre (Delicado 1985: 381) y es maestra en aplicar emplastos en las matrices en los

² Cf. “Primeiramente, ha de ser gran latino y griego, y entender o latinísimo Cornelio Celso” (Miranda, 1983:141).

³Traduzco libremente: “Si la matriz está ulcerada, se mezcla cera de aceite rosado, grasa de puerco reciente y claras de huevos, luego se aplica este remedio; o bien se mezcla una clara de huevo con aceite rosado y se añaden hojas de rosa pulverizada, para que la mezcla tenga más consistencia. La parte dolorosa debe estar expuesta a fumigaciones de azufre. Si las menstruaciones son nefastas por su abundancia, se remediará poniendo ventosas escarificadas en las ingles o debajo de los senos”.

casos de partos difíciles, práctica que aprendió de una judía, pero la receta de la prostituta romana difiere bastante de la de Justina, pareciendo inspirarse más bien en el empirismo de los practicantes (Covarrubias 1989, s.v. *pratica*):

–Señora sahumaos por abajo con lana de cabrón, y si fuere de frío, o que quiere hombre, ponelle un cerote, sobre el ombligo, de gálbano y armoníaco y encienso, y simiente de ruda en un poco de grana, y esto la hace venir a su lugar, y echar por abajo y por la boca toda la ventosidad. (Delicado 1985: 286-287)

Asimismo, el récipe de Justina podría muy bien ser la fuente de Tirso de Molina en el *Cigarral Tercero de Los Cigarrales de Toledo*, cuando el narrador don Juan cuenta cómo su criado Carrillo cura a una mesonera que sufre un parto complicado (Tirso de Molina 1996: 285-288). La receta de Carrillo añade vino, azafrán, azúcar, canela y un poco de vinagre, cuando Justina adjuntaba tan solo pan rallado a la original receta del famoso médico latino (David-Peyre 1971: 373-378).

A pesar de los ligeros cambios debidos a la hipérbole burlesca propia de una literatura que se pretende de entretenimiento, todo ello le pareció verosímil a Yvonne David-Peyre, que, en 1971, le dedicó una tesis al tema de los médicos en la literatura ibérica del Siglo de Oro:

L'art du conteur, le tableau réaliste peint avec verve et truculence fait oublier un instant que la marge de vraisemblance est respectée et que seule la caricature quelque peu poussée fait basculer dans le burlesque des faits cependant pris à la réalité ; car, ne l'oublions pas, Francisco de Úbeda était médecin (David-Peyre 1971: 377).⁴

Conclusión

Escribía José Miguel Oltra que los ojos legañosos de los médicos –“Más sucio eres que ojos de médico” (Santa Cruz 1996: 312)– eran la metonimia de “la mirada diseccionadora y crítica surgiendo del alma más que del órgano físico, con que López de Úbeda transcribe la realidad observada, queriendo transmitirnos el empirismo y la capacidad de observación que la ciencia médica usa” (Oltra Tomás 1985: 36).

Hemos podido comprobar, cómo en lo referente al discurso, a los instrumentos y remedios, así como al empirismo de la materia médica basado en autoridades, el *Libro de entretenimiento de la pícaro Justina*, parece rebasar con creces el ámbito de la pura parodia burlesca, obra de un ingenio profano en estas lides.

Sin embargo, para el erudito leonés, Puyol y Alonso, su bagaje científico era espurio (López de Úbeda 1912: I, 61-62). ¿En qué medida el aluvión de referencias médicas que acarrea el libro (y este estudio no es sino la punta del iceberg) certifica o no que estamos ante una seria marca de autoría?

En cierto modo, detrás de Justina, como asegura la narradora varias veces en el libro (López de Úbeda 2011: 17 nota 17), ¿estarían un médico hecho y derecho o un tapado que usó el pensamiento, las lecturas y los saberes médicos de su época para redactar su libro? Se podría pensar, a la vez, que vertió su experiencia como médico para hacer de su libro un alegato a favor de una medicina libre y desenfadada. No hizo otra cosa Jerónimo de Alcalá en su *Alonso, mozo de muchos amos* o *Donoso hablador*, solo que de manera menos jocosa y más moralizante (David-Peyre 1971: 283-293).

He aquí lo que afirma el autor de *La pícaro Justina*, en lo que se nos antoja casi como una profesión de fe y un argumento *pro domo sua*:

⁴ Traduzco libremente del francés: “El arte del contador, el cuadro realista pintado con inspiración y truculencia hace olvidar por un momento que el margen de verosimilitud ha sido respetado y que únicamente la caricatura, algo forzada, hace caer en lo burlesco hechos, sin embargo, tomados de la realidad; porque no lo olvidemos, Francisco de Úbeda era médico”.

¿Qué tiene que ver hablar poco con ser buen médico?, como si el ser médico consistiera en abogar en el tribunal de las parcas para que de hilanderas se tornaran en ser cocheras, para traspalar gentes de muerte a vida (López de Úbeda 2011: 687).

Bibliografía

ALCIATO (1993): *Emblemas*. Madrid: Akal.

ARISTOTE (2008): *Éthique à Nicomaque*. Paris: Flammarion.

BALAGUER ANGULO, Joan de y CHAMORRO FERNÁNDEZ, María Inés (1997): *De las Bubas y sus nombres. Pliego poético del siglo XVI*. Madrid: Visor.

BATAILLON, Marcel (1967): “La profession médicale et son langage devant la littérature: problèmes espagnols du XVI^e siècle”, en Paul Vernois (ed.), *Le réel dans la littérature et dans la langue, Actes du X^e Congrès de la Fédération Internationale des Langues et Littératures Modernes* (Strasbourg, 29 août-3 septembre 1966). Paris: Librairie C. Klincksieck, pp. 23-39.

CAMPOS, Jorge (1961a): “Los médicos y la medicina en la literatura española. Elogio picaresco de la medicina”, en *Boletín de la Oficina de Información Sanitaria*, XVII, 1.

— (1961b): “Los médicos y la medicina en la literatura española. Los cirujanos del *Guzmán de Alfarache*”, en *Boletín de la Oficina de Información Sanitaria*, XVII, 2.

— (1961c): “Los pícaros en el oficio de doctores”, en *Boletín de la Oficina de Información Sanitaria*, XVII, 3.

CELSE, A. C. (1876) : *Traité de médecine*. Paris: G. Masson.

CERVANTES, Miguel de (1985): *Novelas ejemplares II* [1613]. Madrid: Cátedra.

CHEVALIER, Maxime (1984): “Le médecin dans la littérature du Siècle d’or: statut et fonction”, en *Le personnage dans la littérature du Siècle d’or*, Casa Velazquez Table ronde (novembre 1979). Paris: Éditions Recherches sur les Civilisations, pp. 21-37.

CORTEJOSO, Leopoldo (1969): “La aportación de los médicos escritores a la literatura española del Siglo de Oro”, en *Historia y medicina*, fascículo LXI, pp. 5-23.

COVARRUBIAS, Sebastián de (1989): *Tesoro de la lengua española o castellana* [1611]. Barcelona: Alta Fulla.

DAVID-PEYRE, Yvonne (1971): *Le personnage du médecin et la relation médecin-malade dans la littérature ibérique XVI^e et XVII^e siècle*. Paris: Ediciones Hispanoamericanas.

DELICADO, Francisco (1985): *La lozana andaluza* [1528]. Madrid: Cátedra.

DIOSCÓRIDES (1555): *Acerca de la materia medicinal y de los venenos medicinales*. Amberes: en casa de Juan Latio.

FONT QUER, Pío (1973): *Plantas medicinales. El Dioscórides renovado*. Barcelona: Labor.

GRANJEL, Luis Sánchez (1950): “La figura del médico en el escenario de la literatura picaresca”, en *Archivos iberoamericanos de la Historia de la medicina*, vol. II, fasc. I, pp. 493-527.

— (1951): “Boticarios en el escenario de la literatura picaresca”, en *Medicamenta*, XV, 195, Madrid: pp. 137-138.

LÓPEZ DE ÚBEDA, Francisco (1912): *La Pícaro Justina* [1605], 3 vols. Madrid: Bibliófilos Madrileños.

— (2011): *La pícaro Justina* [1605]. Madrid: Castalia.

LÓPEZ DE VILLALOBOS, Francisco (1948): *El sumario de la medicina con un tratado sobre las pestíferas bubas por el Dr. Francisco López de Villalobos*. Madrid: Cosano.

MARTÍNEZ GÓMEZ, Olga Helena (2006): *La literatura en la medicina*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.

MEXÍA, Pedro (1990): *Silva de varia lección* [1540], II. Madrid: Cátedra.

MIRANDA, Alonso de (1983): *Diálogo del perfecto médico* [1562]. Madrid: Editora Nacional.

OLTRA TOMÁS, José Miguel (1985): *La parodia como referente en La pícaro Justina*. León: Inst. fray Bernardino de Sahagún/CISC.

PAREJO MORENO, Manuel (1953): “De retroclínica y antiagnóstica en su aplicación a la literatura picaresca española”, en *Gaceta médica española*, XXVII/319, pp. 354-359.

ROHLAND DE LANGBEHN, Régula (2006): “Das Spiel mit der Krankheit: die Syphilis in der *Pícaro Justina* (1605)”, en Frank Degler/Christian Kohlross (eds.), *Epochen/Krankheiten in der Literatur. Konstellationen von Literatur und Pathologie*, St. Ingbert: Röhrig, pp. 169-186.

— (2012): *A dos luces. El feminismo de la picaresca femenina en Defoe*. Newark/Delaware: Juan de la Cuesta/Hispanic Monographs.

SABUCO DE NANTES Y BARRERA, Olivia (1981): *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre* [1587]. Madrid: Editora nacional.

— (2006): *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre* [1587], en *Athenea Digital*, 10, pp. 263-275. Disponible en línea: <<http://antalya.uab.es/athenea/num10/sabuco.pdf>> (31-05-2019).

SANTA CRUZ, Melchor de (1996): *Floresta española* [1574]. Madrid: Cátedra.

SANTIAGO ÁLVAREZ, Cándido (2017): “El bestiario menor de *La pícaro Justina*”, en *Revista de Folclore*, n.º 23, pp. 29-63.

SCHMITZ, Carolin (2016): “Barberos, charlatanes y enfermos: la pluralidad médica de la España barroca percibida por el pícaro Estebanillo González”, en *Dynamis: Acta hispanica ad medicinae scientiarumque historiam illustrandam*, 36/ n.º1, pp. 143-166.

TIRSO DE MOLINA (1996): *Cigarrales de Toledo* [1621]. Madrid: Castalia.

TOMÁS DE AQUINO (2000): *Comentario a la Ética a Nicómaco de Aristóteles*. Pamplona: Eunsa.

TORRES, Luc (2009a): “A vueltas con la autoría de *La pícaro Justina* (siguiendo las huellas del médico toledano Francisco López de Úbeda)”, en *Voz y Letra*, XX/1, pp. 23-41.

— (2009b): “Addenda a: A vueltas con la autoría del *Libro de Entretenimiento de La Pícaro Justina* (1605)”, en *Voz y Letra*, XX/2, pp. 3-5.

— (2015): “Un tal Francisco López, autor del *Libro de Entretenimiento de La Pícara Justina* (1605)”, en *Voz y Letra*, XXVI/ 1, pp. 25-44.

WARDROPPER, Bruce (1982): “La eutrapelia en las *Novelas Ejemplares* de Cervantes”, en Giuseppe Bellini (ed.), *Actas del séptimo Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas celebrado en Venecia del 25 al 30 de agosto de 1980*. Roma: Bulzoni, pp. 153-169.